

Renovación.

Incluido en "España y los
españoles."

1-134

("Vida Nueva", Madrid, 31 julio 1898).

Renovación

El precepto delfico de «conócete á ti mismo», reza tanto con los pueblos como con los hombres que los componen. Un pueblo que no se conoce es un pueblo con voluntad viciada, porque la voluntad es la reacción propia del carácter individual, la reacción inteligente, y no el reflejo automático ni la impulsividad ciega. Aquí, en España, reina acerca de la voluntad una idea disparatada, pues es sabido de dónde le salen al español las determinaciones enérgicas é injustificadas y que es lo que según Prim hace falta para la guerra de guerrillas.

Los tales se nos han subido á la cabeza, donde nos atrofian la sesera. Así es que habrá eso, pero no voluntad, por falta de inteligencia.

Hora es ya de que en vez de adularnos y adormecernos con una historia amañada y vuelta del revés, nos escudriñemos en la vida colectiva cotidiana, tal como ésta se ostenta en las costumbres y usos del pueblo, sobre todo del esparcido por los campos, del que vive en más íntimo abrazo con la Naturaleza que amasó nuestra primera pasta. Muchos hay que pregonando gran confianza en el pueblo español, acusan á los que le dirigen, y es hora de mirar bien si no radica el mal en algo común á acusadores y acusados; si es que hay que variar de orientación y si acaso no tuviéramos otra salvación que descastarnos de un modo ó de otro.

Ahora mismo, con motivo de la guerra, que es, según dice De Greef, el fenómeno social inconsciente por excelencia, puesto que acaba siempre por donde se debería comenzar, si se fuese capaz de establecer la balanza exacta de las fuerzas hostiles, es decir, por un tratado; con motivo de esta guerra, tan irracional de una y de otra parte como otra cualquiera, los mismos que abogan por la paz mantienen, por lo general, explícita ó tácitamente, todo eso del honor y otros tópicos de barbarie y de perniciosa, tumores pestíferos de la historia. Es muy raro encontrar quien con ánimo sereno execre de Breda, Pavia, Otumba, Wad-Ras, y de otras semejantes vergüenzas del pasado nacional.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES



Se hace, por otra parte, campaña en pro del servicio militar obligatorio, y es lástima que los más de los socialistas empeñados en esta acción táctica que iniciaron, repitan el *jó todos ó ninguno!* dejando en la sombra de hecho el objetivo final único, el de que no vaya ninguno á esa esclavitud vergonzosa. Con que vayan todos se busca el que no llegue á ~~un~~ ninguno, pero el fin no justifica los medios. Lo que hace falta es combatir sin tregua la institución militar misma, y esperar con fe. Los rodeos de la táctica acaban por hacer que se pierda de vista la meta.

Da pena ver cómo no surgen visionarios ni quienes aprendan en la niebla como, difuminados los contornos de las cosas, comulgan éstas entre sí. Apenas ver cómo mueren ahogados en germen los utopistas y crecen los *sensatos*, empachados de sol que deseca y de claridad meridiana, que bañando en luz la superficie de los objetos, nos oculta sus entrañas. Apenas observar cómo al arrimo de la no curada *morgue castillane* cunde la ramponería, y entristece cada elogio que se lee en los periódicos de la seriedad del público español, porque esta seriedad es la del burro; la seriedad del público, porque el pueblo, más que serio es triste.

De la política nadie espera nada, porque la política, suprema conciencia colectiva nacional, se reduce aquí al arte de la producción, reparto y consumo del presupuesto. Y si no hay política española, popular y honda, gobierno de las cosas y no de los hombres de España, es porque no hay aquí todavía conciencia colectiva popular. Nuestra historia, en vez de habérsela dado, no ha hecho más que estorbar su desarrollo, porque la historia de España parece una continua presión para impedir se formase unidad popular y conciencia con ella.

Como no se ha logrado hacer cerebro nacional, España es una especie de radiolado ó cualquier otro organismo descentralizado, sin más que tales cuales ganglios aquí ó allí. Su centro oficial es un estómago, no un cerebro. Como los pueblos africanos, vivimos sumidos en marasmo de siesta cuando no nos sacuden la ventolera de la *guerra santa*, el instinto de conservación ó un ataque epiléptico para cambiar de postura.



Renovación

De evolución no hay que hablar, porque ni la entendemos siquiera. La serpiente no se desprende de la piel vieja mientras no tiene formada la nueva por debajo de ella, y aquí en vez de provocar el desarrollo de la piel de muda, bajo la protección de la que se engurruña y aja, no hacemos sino dar tirones á ésta. Urgamos la costra en vez de activar la circulación de la sangre en torno á la herida que la costra cubre y protege.

No creo quede ya otro remedio que sumergirnos en el pueblo, inconsciente de la historia, en el proto-plasma nacional, y emprender en todos los órdenes el estudio que Joaquín Costa ha emprendido en el jurídico. Hay que aprender á desengañarse, de Segismundo, que soñó historia; y á vivir, del Alcalde de Zalamea. El especial anarquismo que caracteriza espontáneamente á nuestro pueblo puede y debe ser la base firme de una autoridad que llegue aquí á ser fecunda; autoridad interior y no impositiva. Sólo los burros pueden creer que la autoridad exige palo, ó sea dictadura.

No sé cómo, pero es el caso que en el curso de nuestra historia ha venido á ser lo que aquí bulle del pueblo un público *infilosófico é irreligioso*. La infilosofía de nuestro pueblo histórico salta á los ojos en nuestra literatura contemporánea, literatura de oradores por escrito. Es una flor sin fruto, porque no tiene raíces. Casi todo en ella no habla más que á la fantasía visual ó al oído; la condena mancha de color del cuadro de género, el sononete adornecedor, ó algún sólo de *fole de gaita*. Como el extenso páramo castellano se tiene bajo un cielo transparente y puro, así bajo una forma transparente y amplia se tiende el páramo de la ramplonería, compacto y seco. Con alguna agua y sol, da garbanzos para el castizo puchero.

En otros países donde hay pensadores que bucean en lo trascendental y que escarban en los abismos de lo que aquí á nadie le importa, pueden los literatos abstenerse de bajar á esas honduras, por-



que aspiran en el ambiente sus emanaciones. Kant vivificó á Schiller, mas donde no hay kantismo los Schillers tienen que créarselo. Y aquí en este respecto apenas llega más que la letra muerta de la literatura francesa, cuyo espíritu sensual y lógico no es muy extraño, dígame lo que se quiera de esa comunidad de la supuesta raza latina, que es otra gran mentira.

Nuestra infilosofía arranca de nuestra irreligión. Dogmas, confesados pero no creídos de corazón, por haberse reducido á cáscaras sin almendras; principios intelectuales que no están en íntima comunión con la vida espiritual de la piedad; fórmulas abstractas y petrificadas que no fecundan el sentimiento, ni fomentan la bondad; definiciones escolásticas que no dan caridad, ni esperanza, que es confianza en el ideal, aquí bajo inasequible, y abandono viril en brazos del amor del Padre. Aquel vigoroso arranque de nuestra mística, que preludiaba una honda y entrañable reforma española, fué ahogado en germen antes de que diese frutos sazonados, y sobre su tumba crecen hoy prácticas supersticiosas que engendró el casuismo de los probabilistas. Y como cizaña en empobrecido campo de trigo, crece y ahoga á la escasa mies la fe implícita del carbonero; la disciplina en vez de la fe viva.

¿Queda algún remedio? El único que se vislumbra es que la conciencia histórica nacional vuelva á sí, se escarbe y escudriñe en sus escondrijos todos, haga examen de pecados, revuelva sus tradiciones y lo que llama sus glorias, y en fuerza de análisis se digiera á sí misma. Y entonces tal vez podrá brotar bajo sus ruinas una conciencia nueva, la conciencia propia del pueblo español surgiendo de lo inconsciente que en éste palpita, del especial anarquismo que en su seno duerme, de aquel anarquismo de resignación activa que en nuestros místicos comprendió con el Apóstol que la ley hace el pecado y en nuestro poeta que la vida es sueño. Tal vez entonces podamos soñar con fruto, con fruto que grane al despertarnos del sueño.

MIGUEL DE UNAMUNO.

